



1 DE NOVIEMBRE TODOS LOS SANTOS

Este día se celebran a todos los millones de personas que han llegado al cielo, aunque sean desconocidos para nosotros. Santo es aquel que ha llegado al cielo, algunos han sido canonizados y son por esto propuestos por la Iglesia como ejemplos de

vida cristiana.

La comunión de los santos, significa que ellos participan activamente en la vida de la Iglesia, por el testimonio de sus vidas, por la transmisión de sus escritos y por su oración. Contemplan a Dios, lo alaban y no dejan de cuidar de aquellos que han quedado en la tierra. La intercesión de los santos significa que ellos, al estar íntimamente unidos con Cristo, pueden interceder por nosotros ante el Padre. Esto ayuda mucho a nuestra debilidad humana.

Su intercesión es su más alto servicio al plan de Dios. Podemos y debemos rogarles que intercedan por nosotros y por el mundo entero.

Aunque todos los días deberíamos pedir la ayuda de los santos, es muy fácil que el ajetreo de la vida nos haga olvidarlos y perdamos la oportunidad de recibir todas las gracias que ellos pueden alcanzarnos. Por esto, la Iglesia ha querido que un día del año lo dediquemos especialmente a rezar a los santos para pedir su intercesión. Este día es el 1ro. de noviembre.

Este día es una oportunidad que la Iglesia nos da para recordar que Dios nos ha llamado a todos a la santidad. Que ser santo no es tener una aureola en la cabeza y hacer milagros, sino simplemente hacer las cosas ordinarias extraordinariamente bien, con amor y por amor a Dios. Que debemos luchar todos para conseguirla, estando conscientes de que se nos van a presentar algunos obstáculos como nuestra pasión dominante; el desánimo; el agobio del trabajo; el pesimismo; la rutina y las omisiones.

Tere Fernández. Catholic.net

SERVICIO DE PASTORAL. ATENCIÓN ESPIRITUAL Y RELIGIOSA.

jsanchez1@hospitalariasmadrid.org

jjgalan@hospitalariasmadrid.org

CIEMPOZUELOS (MADRID)

AÑO 6. Nº: 369



Hermanas
Hospitalarias
COMPLEJO ASISTENCIAL BENITO MÉRIZ

La Buena Noticia de la semana

1 y 2 de Noviembre 2014

TODOS LOS SANTOS

CONMEMORACIÓN DE LOS FIELES DIFUNTOS



Lectura de la Palabra de Dios :

LAMENTACIONES 3,17-26.

La misericordia del Señor no termina y no se acaba su compasión; se renuevan cada mañana.

SALMO 129, 1-8.

Si llevas cuenta de los delitos, Señor, ¿quién podrá resistir?

ROMANOS 6, 3-9.

Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él.

JUAN 14,1-6.

Yo soy el camino, y la verdad, y la vida.

EN LAS MANOS DE DIOS

Los seres humanos de hoy no sabemos qué hacer con la muerte. A veces, lo único que se nos ocurre es ignorarla y no hablar de ella. Olvidar cuanto antes ese triste suceso, cumplir los trámites religiosos o civiles necesarios y volver de nuevo a nuestra vida cotidiana.

Pero tarde o temprano, la muerte va visitando nuestros hogares arrancándonos nuestros seres más queridos. ¿Cómo reaccionar entonces ante esa muerte que nos arrebatara para siempre a nuestra madre? ¿Qué actitud adoptar ante el esposo querido que nos dice su último adiós? ¿Qué hacer ante el vacío que van dejando en nuestra vida tantos amigos y amigas?

La muerte es una puerta que traspasa cada persona en solitario. Una vez cerrada la puerta, el muerto se nos oculta para siempre. No sabemos qué ha sido de él. Ese ser tan querido y cercano se nos pierde ahora en el misterio insondable de Dios. ¿Cómo relacionarnos con él?

Los seguidores de Jesús no nos limitamos a asistir pasivamente al hecho de la muerte. Confiando en Cristo resucitado, lo acompañamos con amor y con nuestra plegaria en ese misterioso encuentro con Dios. En la liturgia cristiana por los difuntos no hay desolación, rebelión o desesperanza. En su centro solo una oración de confianza: “En tus manos, Padre de bondad, confiamos la vida de nuestro ser querido”

¿Qué sentido pueden tener hoy entre nosotros esos funerales en los que nos reunimos personas de diferente sensibilidad ante el misterio de la muerte? ¿Qué podemos hacer juntos: creyentes, menos creyentes, poco creyentes y también increyentes?

A lo largo de estos años, hemos cambiado mucho por dentro. Nos hemos hecho más críticos, pero también más frágiles y vulnerables; somos más incrédulos, pero también más inseguros. No nos resulta fácil creer, pero es difícil no creer. Vivimos llenos de dudas e incertidumbres, pero no sabemos encontrar una esperanza.

A veces, suelo invitar a quienes asisten a un funeral a hacer algo que todos podemos hacer, cada uno desde su pequeña fe. Decirle desde dentro a nuestro ser querido unas palabras que expresen nuestro amor a él y nuestra invocación humilde a Dios:

“Te seguimos queriendo, pero ya no sabemos cómo encontrarnos contigo ni qué hacer por ti. Nuestra fe es débil y no sabemos rezar bien. Pero te confiamos al amor de Dios, te dejamos en sus manos. Ese amor de Dios es hoy para ti un lugar más seguro que todo lo que nosotros te podemos ofrecer. Disfruta de la vida plena. Dios te quiere como nosotros no te hemos sabido querer. Un día nos volveremos a ver”.

José Antonio Pagola.



“...El anhelo de la salvación de las personas, me hace suave y sabrosa esta vida de trastiendas y trabajos” (C.130).

Benito Mussolini

“...Todo el que cree en Jesús tiene vida eterna...” (Jn 6, 37-40).

¿Quién no quiere tener una vida digna y abundante? Incluso el que ya no quiere vivir es porque no tiene una vida que le satisfaga.

¿Dónde está la clave para acertar y tener esa Vida en mayúscula? En el amor que tengas y que recibas, y el amor que entregues a los demás.

La vida eterna es algo que comienza ya en el presente. El cielo y el infierno se vive ya en esta vida, y depende de que uno pueda vivir con amor o no. Y qué grande que a través del testimonio de nuestra vida otros puedan encontrar ese sentido que haga que sus vidas sean abundantes de amor: vivir el cielo en la tierra.

(Nº 28 – 27 de Octubre de 2 de Noviembre de 2014)

pastoral

atención espiritual y religiosa
Comisión Provincial

28

1914-2014
Evangelio y vida

Espiritualidad y Oración:

Oración por los fallecidos

Dios de misericordia y de amor,
ponemos en tus manos amorosas a nuestros
hermanos.

En esta vida Tú les demostraste tu gran amor;
y ahora que ya están libres de toda preocupación,
concédeles la felicidad y la paz eterna.

Su vida terrena ha terminado ya;
recíbelos ahora en el paraíso,

en donde ya no habrá dolores, ni lágrimas ni
penas,

sino únicamente paz y alegría con Jesús, tu Hijo,
y con el Espíritu Santo para Siempre.

Amén

